

Pero lo que no me sería posible, por más que ardentemente lo deseara, es pagar esa otra deuda, también de gratitud, que toda la América Latina ha contraído con el mismo Prelado.

Jamás se olvidará, 4 de Julio de 1899! Pareceme mirar toda vez el aula del Concilio Plenario Latino-americano vestida de luz para templar de Dios el desecado estéril de las almas de los Obispos de la América Latina, que aun estuviesen detenidas en el fuego del Purgatorio. Presidia la imponente ceremonia un príncipe de la Iglesia, el Sr. Arzobispo de Montevideo, cuyo nombre es tan cauto para todos los latino-americanos, y celebrada de pontifical el Sr. Arzobispo de Montevideo, que ha ido a reunirse ya con sus hermanos más allá de la tumba. Asistían todos los Padres del Concilio, los consultores y demás oficiales del mismo, los miembros del Colegio Latino-Americano y algunos representantes de nuestras Repúblicas, formando un auditorio por todo extremo selecto. Ante él, en aquella Roma de donde había recibido sus tres Obispos su autoridad pastoral y en la clásica lengua del latín, pronunció su elocuente discurso el Sr. Obispo de San Luis Potosí.

Profundo silencio reinaba en el templo y era de ver cómo se tendían los cuellos de las naves laterales para no perder una sola palabra. Entonces, verdaderamente, según el texto elegido por el orador, reverberaron los muros de aquellas santas varones, como que pulularon delante de nosotros, llegándonos su nombre en diéresis eterna gloria. "Invitados, nos dijo el Prelado de San Luis, como corcheros entre todos a un mundo enteramente nuevo y jamás explotado, cambiamos por completo los todos en cordones. Modelos de mansedumbre, dechado de inviolable paciencia, entrañando la oliva de la paz con el cayado pastoral, no por la fuerza de las armas sino con el poder de la predicación, hicieron de los Obispos y transformaron los pueblos en ciudades, los santuarios de orules divinizadas en templos del verdadero Dios y las márgenes que se manchaban con sangre humana en alfaraes en que la bendita sangre de Jesucristo se derrama sobre los días en misterio sacramental." Y descendió después a elogiar individualmente a no pocos de ellos. Baste citar, ya que nos hallamos en el territorio, algunos de los elegidos del Sr. Arzobispo de Montevideo: "Injusticia y muy grande sería el pasar en silencio sus gloriosas hazañas, en Juan de Zambrana, Pedro y fundador del Arzobispado de Méjico. Ya me parece que se oye por montes y por valles, por barrancos y colinas, cuando, sin hallarlo, el martirio; cuando y hallando las ovejas perdidas. Te abata por ser el primero que a través del océano llevó al Nuevo Mundo donde se vivían las penas y tipos y el arte de imprimir. Por gracias recibidas a la Virgen Madre de Dios, que te colma de gracias singulares y a cuya voz cobraste los miembros del celestísimo Sacerdocio de Guadalupe. Me acordaré el recordar cuántos colegios, en cuántas escuelas para enseñar a los indios las letras y las artes liberales fundaste en brevísimo tiempo."

Resuenan todavía en mis oídos aquellas palabras que presentaron a los Padres del Concilio incomparable ideal: "Ea, pues, venerables Padres, traed los Santos Evangelios, formulad las bases de perdurable alianza, y sobre las cenizas de nuestros predecesores prometed con solemne juramento que emularéis sus apostólicos trabajos, su afición a las letras y su amor a la patria, para -- que su nombre dure eternamente, viviendo en los hijos de los hijos la gloria de aquellos santos varones. Quare agite, VV.PP., -- afferte sacra concipite faedus et super cineres Decessorum nostrorum jurejurando jurate et apostolicos labores et litterarum -- studium et amorem patriae aemulari, ita ut nomen eorum permaneat in aeternum, permanens ad filios illorum sanctorum virorum glòria."

La misma voz que elogiaba a los muertos encomiaba muy poco -- después, aunque de un modo general, a los vivos en el Congreso Eucarístico de Burgos, en el cual la ausencia de casi todos los Prelados latino-americanos permitió al orador expresarse con libertad.

Y al hablar de estas obligaciones hacia el Sr. Obispo de San Luis Potosí, ¿cómo omitir aquella que nos toca la fibra más tierna del corazón, que se refiere a nuestro más delicado timbre de gloria, a nuestro amor a la Santísima Virgen María en el misterio de su Inmaculada Concepción? Cuando hace precisamente cinco años todo el mundo católico estaba conmovido con la celebración del jubileo de la definición dogmática de aquel singularísimo -- privilegio, el Sr. Obispo de San Luis llevó ante los representantes de todas las partes del globo, reunidos en Roma en solemnísimo Congreso Mariano, aquel testimonio que tanto nos honra, aquella feliz expresión de los sentimientos de nuestro pueblo, quien, al tener conocimiento de la definición, exclamó: "Pues qué, ¿no era un dogma la Concepción Inmaculada de María? Por tal no tenía el amor de nuestros corazones, la convicción de nuestras mentes."

III

Al llegar a este punto, hermanos míos, y al considerar que mi discurso debe ir ya tocando a su fin, noto con pesar que he dejado lo mejor; y no es menor mi desconsuelo al ver que mis esperanzas han salido fallidas. No, no ha desaparecido la torpeza del guía; no he sabido conducirlos a través de las amenas vegas regadas por el majestuoso río que brota de la pluma del Obispo de San Luis Potosí. ¡Cuán pálida encuentro la pintura! ¡Cuán imperfecta y deficiente!

Pero no necesitáis mis palabras. Si queréis conocer la obra -- del defensor de la fe, del Ministro de la Iglesia de Jesucristo, consultad esas cartas pastorales por cuyo conducto se dan a conocer a los fieles con toda oportunidad las disposiciones pontifi-

Resuenan todavía en mis oídos aquellas palabras que presentas-
ron a los Padres del Concilio inimitable ideal: "Es, pues, ve-
nerables Padres, tras los Santos Evangelios, formando las bases
de nuestra fe, y sobre las cenizas de nuestros predecesores
nos prometéis con solemnidad que emularéis sus epistolarios
trabajos, su afición a las letras y su amor a la patria, para
que su nombre dure eternamente, viviendo en los hijos de los hi-
jos la gloria de aquellos santos varones. Guarde este, V. P. P.
aferte sacre concipite fides et super ceteris Deceasorum nos-
trum iurejurando iuratis et apostolicis laboris et litterarum
studium et amorem patriae committat, ita ut nomen eorum permaneat
in aeternum, permanentes ad filios dilectum sanctorum virorum glo-
ria."

La misma voz que eligió a los muertos encomienda muy poco
después, cuando de un modo general, a los vivos en el Congreso
Eucarístico de Burgos, en el cual la ausencia de casi todos los
Prófetas latino-americanos permitió al orador expresarse con li-
bertad.

Y al hablar de estas obligaciones hacia el Sr. Obispo de San
Luis Potosí, cómo omitir aquellas que nos toca la tierra que tie-
ne del corazón, que se refiere a nuestro más delicado tiempo de
gloria, a nuestro amor a la Santísima Virgen María en el mis-
mo de su Inmaculada Concepción? Cuando hace precisamente cinco
años todo el mundo católico estaba conmovido con la celebración
del Jubileo de la definición dogmática de aquel singularis-
mo privilegiado, el Sr. Obispo de San Luis llevó ante los representantes
de todas las partes del globo, reunidos en Roma en solemnita-
des no Congreso Mariano, aquel testimonio que tanto nos honra, aque-
lla feliz expresión de los sentimientos de nuestro pueblo, quien
al tener conocimiento de la definición, exclamó: "Pues qué, ¿no
era un dogma la Concepción Inmaculada de María? Por tal no tenía
el amor de nuestros corazones, la convicción de nuestras mentes."

III

Al llegar a este punto, hermanos míos, y al considerar que mi
discurso debe ir ya tocando a su fin, noto con pesar que he de-
jado lo mejor; y no es menor mi desconcierto al ver que me esparan-
zan por el lado de la izquierda. No, no ha desaparecido la torpeza del
guiso; no he sabido conducir a través de las amenas veces rega-
das por el majestuoso río que brota de la pluma del Obispo de
San Luis Potosí. ¡Cuán rápida encuentro la pintura! ¡Cuán imper-
fecta y delatante!

Pero no necesitáis mis palabras. Si queréis conocer la obra
del defensor de la fe, del Ministro de la Iglesia de Ultramar,
consultad esas cartas pastorales por cuyo conducto se han cono-
cido a los fieles con toda oportunidad las disposiciones pontifi-

cias, se desarrollan y comentan. Resuena constantemente la nota
de una indomable energía, junta con el dulce acento del amor pa-
ternal. Y éste se manifiesta especialmente en lo que al Seminario
se refiere. Cuando alguna época aciaga ha venido sobre él, cosa
no extraña en tan largo episcopado, el Pastor ha sido el primero
en derramar lágrimas y a veces parecía haber perdido el ánimo; pe-
ro se ha levantado lozano y vigoroso cuando han vuelto días feli-
ces, haciendo ver cómo ocupaba el Seminario la parte más delicada
de su corazón. Ved esos numerosos discursos dirigidos a los semi-
naristas y os convenceréis de lo que digo.

Leed también esos panegíricos en los cuales se han anotado las
grandezas de tantos bienaventurados. Desde la Virgen Nuestra Se-
ñora, para quien resuenan ternísimos acentos, hasta nuestro San
Felipe de Jesús, multitud de veces ha presentado el Pastor a sus
ovejas esos ejemplos de vida eterna, distribuyéndoles de este mo-
do en abundancia el pan de la divina palabra.

Y para abrazar y compendiar su obra, no hablaré yo, hablará el
enviado del Sumo Pontífice, quien, después de visitar la diócesi,
así se expresaba en carta que dirigía a su Pastor: "Siempre me
será dulce el recuerdo de la sólida y profunda piedad de ese buen
pueblo, de su ilimitada adhesión y amor al Sumo Pontífice, del
celo de ese venerable Clero y de la generosidad de su egregio Pas-
tor. Ninguna indigna vergüenza me impedirá jamás manifestar estos
mis sentimientos, que son de justicia y de verdad, y siempre ro-
garé al Señor para que en sus fieles se conserve constante la fe-
y tan viva como yo la he admirado."

Con estas halagadoras palabras debía yo terminar, pero no quie-
ro omitir algo de gran trascendencia para nuestro Clero en gene-
ral, y en especial para nuestros jóvenes levitas. Me refiero a la
forma oratoria de las obras del Sr. Obispo de San Luis. Y de e-
llas me fijaré solamente en una cualidad, por no poder detenerme
en otras, cualidad que salta a la vista de todo el que lea, si-
quiera sea poco, de las obras citadas. Esa cualidad es esa encan-
tadora sencillez tan propia de la oratoria sagrada. No necesito
ponderaros, hermanos míos, sus excelencias ni la necesidad que de
ella tenemos en nuestros días. Quiera el cielo que todos nuestros
jóvenes predicadores procuren adquirirla, ya que tienen delante
modelo tan acabado.

Os dije al empezar que el Pastor de la grey potosina había pro-
curado guardar a las ovejas en el redil y atraer a él a las que
andaban descarriadas, no solamente con "el aguijón del báculo pas-
toral" sino también "con el dulce tañer de la zampoña pastoril".
¿Necesitaré demostraroslo? Si bien durante la época que conside-
ramos no ha pulsado la lira para asuntos meramente literarios, lo
cual cede en honra suya, en testimonio de su dedicación a las ta-
reas apostólicas, no ha dejado, sin embargo, de arrancarle algu-
nos sonidos, dotando a nuestra literatura de joyas de subido pre-

... se desarrollan y continúan. He aquí, constantemente la nota de una inabundante energía, junta con el dulce acento del amor paternal. Y éste se manifiesta especialmente en lo que al Seminario se refiere. Cuando alguna época se ha venido sobre él, cosa no extraña en tan largo episcopado, el Pastor ha sido el primero en derramar lágrimas y a veces parece haber perdido el ánimo; pero se ha levantado pronto y vigoroso cuando han vuelto días felices, haciendo ver cómo ocupaba el Seminario la parte más destacada de su corazón. Ved esos numerosos discursos dirigidos a los seminaristas y de conversaciones de lo que digo.

Leed también esas panegíricas en los cuales se han anotado las grandezas de tantos bienaventurados. Desde la Virgen Nuestra Señora, para quien reservamos terminados acentos, hasta nuestro San Felipe de Jesús, multitud de veces ha presentado el Pastor a sus ovejas esos ejemplos de vida eterna, distribuyéndolas de esta modo en abundancia el pan de la divina palabra.

Y para apreciar y comprender su obra, no hablaré yo, hablaré el enviado del Sumo Pontífice, quien, después de visitar la diócesis, así se expresaba en carta que dirige a su Pastor: "Siempre me será dulce el recuerdo de la sólida y profunda piedad de ese buen pueblo, de su ilimitada adhesión y amor al Sumo Pontífice, del celo de ese venerable Clero y de la generosidad de su espíritu. Ninguna indigna vergüenza me impedirá jamás manifestar estos mis sentimientos, que son de justicia y de verdad, y siempre rogare al Señor para que en sus fieles se conserve constante la fe y tan viva como yo la he admirado."

Con estas halagadoras palabras debía yo terminar, pero no quise omitir algo de gran trascendencia para nuestro Clero en general, y en especial para nuestros jóvenes levitas. Me refiero a la forma oratoria de las obras del Sr. Obispo de San Luis. Y de ellas me fijaré solamente en una cualidad, por no poder detenerme en otras, cualidad que salta a la vista de todo el que las lee, a saber: que en las obras citadas, esa cualidad es una gran sencillez tan propia de la oratoria sagrada. No necesito ponderar, hermanos míos, sus excelencias ni la necesidad que de ellas tenemos en nuestros días. Quiera el cielo que todos nuestros jóvenes predicadores procuren adquirir, ya que tienen delante un modelo tan sublime.

Os dije al empezar que el Pastor de la grey potestaria habla por cuando guardar a las ovejas en el redil y traer a él a las que andaban descarriadas, no solamente con el auxilio del báculo pastoral, sino también "con el dulce tener de la zambona pastoral". Necesitare demostrárselo si bien durante la época que comencé a tomar no me faltaba la lira para sonar momentos literarios, lo cual es en honor suyo, en testimonio de su dedicación a las letras apostólicas, no ha dejado, sin embargo, de arrojarme algunas sonatas, dándome a nuestra literatura de joyas de audido precioso.

cio. Y no dejaré de mencionar la señaladísima distinción de que fué objeto el Sr. Obispo de San Luis, que honró sobremanera a nuestra patria, al ser él el designado para pronunciar el elogio fúnebre de Miguel Cervantes de Saavedra en las solemnes exequias celebradas por la Academia Española y presididas por el Rey de España, en ocasión del tercer aniversario secular de la publicación del Quijote.

Pero cómo descender de ésta cátedra sin dedicarte un recuerdo, apostólico varón, a quién debemos en gran parte este templo y esa corona, el amigo de la adolescencia del Prelado de San Luis, con quién te unió siempre la más estrecha y sincera amistad Antonio Plancarte y Labastida? Cuál hubiera sido tu regocijo al recibirle en este día! Lo reservarás y aumentando infinitamente para cuando le recibas en las mansiones eternas.

Mis ojos han estado contemplando vuestra efigie y no puedo dejar de pronunciar vuestro venerado nombre, Ilmo. Sr. Labastida, que habiendo presenciado los primeros pasos de la carrera levítica del Sr. Obispo de San Luis le visteis llegar a la plenitud del sacerdocio y le dejasteis en la sede que hoy ocupa. Vuestros restos se habrán estremecido de alegría y este estremecimiento ha llegado, estoy seguro de ello, hasta el corazón del Pontífice que celebra el incruento sacrificio.

Ilmo. señor:

Los hechos que acabo de traer a vuestra memoria deben hacerlos esperar fundadamente que el Señor que tan generoso ha sido de sus dones para con vos, lo seguirá siendo en todo el resto de vuestra vida que le pedimos sea de largos años. No he mencionado siquiera las amarguras y tribulaciones que han acibarado vuestra vida; pero éstas son también dones de Dios, y en estos días os habéis regocijado con justicia porque el Sr. os ha hecho semejante a los Apóstoles, permitiendo que sufrieseis por su nombre injurias y desprecios. Contáis un episcopado de duración excepcional, pero, por largo que haya sido, no terminará con esta vida, y mi gozo es muy grande al poderos repetir con la Santa Iglesia en este día: "Tu es sacerdos in a/eternum secundum ordinem Melchisedec."